

843
B.

PQ 2193
.B7
B682



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA BOCA DE LA SEÑORA X...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
I
"ALFONSO REYES"
Cdad. 1625 MONTERREY, MEXICO

X..., mi amigo más íntimo, ha nacido el mismo día y á la misma hora que yo, en el mismo punto, y hemos vivido siempre juntos. Casi se puede decir que no ha de sobrevivirme : confidente de todos mis pensamientos, depositario de todos mis secretos, mi compañero de glorias y fatigas, es el reflejo de mis cualidades y de mis vicios, en una palabra : es *otro yo*. En el mes de Setiembre último, se encontraba en Hungría. Había asistido á las fiestas con que los

vieneses habían obsequiado á los individuos del Congreso Internacional Literario, y antes de volverse á Francia, se le había ocurrido conocer á Buda-Pesth, esas dos renombradas ciudades, enemigas en tantas ocasiones, y que hoy son hermanas, como atestigua el guión que une su nombre y el magnífico puente que sobre el Danubio va de una á otra ciudad para que nunca vuelvan á separarse.

X... había visitado todas las curiosidades de Buda y de Pesth, sirviéndole de guía en sus excursiones á través de la doble ciudad, el gran novelista húngaro Tokai, el barón de Vaux, nuestro cónsul general, Pazmandy, diputado en su país y parisién hasta la médula; el Sr. Saissy, francés de nacimiento, que está establecido en aquel punto, haciéndonos apreciar á Urvay, Poulzki, de Szemere, Wahrmann, literatos políticos y todos de amable y distinguido trato.

Acababa de entrar en el hotel de Europa, situado en la plaza de Francisco José, un

poco cansado de resultas de sus largas excursiones, cuando el portero le entregó una carta concebida en los siguientes términos :

« ¡Cómo! ¡os encontráis en mi misma
» casa, en mi país, en mi querida ciudad
» de Pesth y no habéis venido á verme! Os
» espero á comer para estrecharos la mano,
» hablar de París y haceros conocer nues-
» tros vinos húngaros y nuestros platos na-
» cionales, el *paprikahuhm* y el *gulyás*.
» No admito excusas.

» Vuesta amiga,

» PRINCESA W...

» (Gran Hotel Húngaro.) »

A pesar del cansancio que sentía X... aceptó la invitación sin vacilar, porque la consideraba como una suerte loca.

La princesa W..., persona muy conocida en París, es una de las reinas de la colonia extranjera. Hermosa, discreta y de maneras distinguidas, frisaba en esa edad en que las mujeres no confiesan tener más que treinta

años. Emparentada con las principales familias de su país y algo parienta del general Goergey, que se señaló bastante en la guerra de 1849, es húngara de nacimiento, parisién de corazón, y cosmopolita por sus gustos y costumbres.

Viuda pocos meses después de haberse casado, se propuso no tener residencia fija en ninguna parte, y hacer una existencia errante, pasando los inviernos en París, Viena y Florencia, y los veranos en Dieppe, en las estaciones balnearias de Austria, y en los bosques de Bohemia.

De caracter independiente, modales un tanto desenvueltos y gran instrucción, es un tipo sumamente original, casi excéntrico, que sabe oirlo todo, y que cuando se le apura un poco, después de una succulenta comida, ó una alegre cena, se atreve á decir: ¿Es irreprochable mi conducta? Instintivamente se duda que lo sea; pero sin basarse más que en probabilidades, puesto que no hay pruebas en qué apoyarse; y

sus caprichos, si es que se ha permitido tenerlos, están envueltos en el misterio, y los confidentes de aquéllos, son discretos, lo cual demuestra que la princesa sabe escoger.

X..., después de vestirse con cierto esmero, salió del hotel de Europa, torció á la izquierda, atravesó el muelle, y llegó al hotel Húngaro, y preguntó por la princesa W... Hiciéronle subir al piso principal y esperar en la sala donde muy poco después se presentó la autora de la carta.

Después de estrecharse ámbas manos, dirigiéndose amistosas frases, que podían muy bien ser inspiradas por dulces recuerdos, pasaron ámbos al comedor, donde reanudaron la conversación.

X..., rompió el fuego diciendo :

— Nunca hubiera imaginado que estáis aquí, princesa. Os dejé en Dieppe en el mes de Agosto último.

— ¡Y qué! En cuanto terminaron las carreras de caballos, dirigí mi vuelo hacia

París. Fui á Viena, pasando por Suiza, y me instalé en Hungría para asistir á nuestras grandes cacerías. Todo esto es sencillísimo ¿no sabéis la afición que tengo á viajar? Un poeta de mi país me comparó un día á una estrella; lo cual es pura adulación, porque yo no soy más que un cometa errante á través del espacio.

— Prefiero la estrella... errante.

— Sea estrella. ¿Y cómo es que os encontráis tan lejos de París?

— Eso es más raro todavía. He sabido vuestra llegada por el periódico la *Gazzette d'Hongrie* y no quería dar crédito á mis ojos.

Y mientras decía esto, se servía un excelente pescado del Danubio, llamado *jogasch* y el *gulyás* (pedazo de carne estofada cargada de especias).

— X... refirió algunos detalles de su viaje, manifestando un gran placer al recordar las fiestas que le habían dado en Viena.

Después habló del cordial recibimiento que el día anterior en Pesth le había he-

cho la Asociación de Escritores y Artistas.

Ayudado por sus recuerdos, todavía frescos, y aguijoneado por el Ruster, excelente vino blanco de gran fuerza, contó tanto y tanto, que la princesa W... se vió obligada á interrumpirle :

— Dejemos vuestras fiestas, dijo sonriéndose, y hablemos un poco de Pesth.

— ¿Qué os parece? ¿Vale la pena de hacer el viaje?

— Sí; pero únicamente en el caso de estar en Viena, cuando ya no se está separado de vuestra querida ciudad, como la llamáis en vuestra carta, más que cinco horas de ferrocarril ó doce de navegación.

— Es decir : que nos concedéis algún mérito, carácter especial, algo de originalidad.

— Sí, la vista al llegar por la parte del río es magnífica ; los muelles no dejan de ser suntuosos; pero la mayor parte de vuestras calles se asemejan mucho á algunos barrios de Viena.

— Si Pesth os entusiasma tan poco, casi nada debe interesaros Buda.

— Iba á hablaros de eso. Si no fuera por el amarillento color con que embadurnáis vuestras antiguas murallas, encontraría á Buda muy pintoresca con su fortaleza, su castillo real, sus azoteas que dominan el río y sus iglesias, que recuerdan á las mezquitas por su forma. Se conoce que aquí concluye la Alemania y empieza el Oriente. Si en alas de la imaginación se baja el Danubio en uno de vuestros grandes paquebots, se llega hasta las Portes de Fer y después al mar Negro, encontrándose uno enseguida en Persa ó en Constantinopla.

— No está mal ideado el viaje. Ya os veo casi en camino. Sois un viajero intrépido. Pero por ahora tened la bondad de quedaros en este país, y decidme :

— ¿Habéis visto la galería Esterhazy?

— Sí señora, y he encontrado en ella maravillas de arte de todas las escuelas : Van-Dick, Jourdaens, Ruysdaëls, Rem-

brandt, Teniers, Velazquez, Ticianos y Pablos Veronese de incomparable belleza.

Os doy gracias en nombre de mis paisanos por ese entusiasmo.

Pero, ¿qué me decís de la isla Santa Margarita?

— Que es un parque muy bonito rodeado por un gran río ; pero nada más.

— ¿Habéis visitado nuestros baños?

— ¡Ya lo creo! Esta es una de vuestras curiosidades y de las que más agradables son á los viajeros. ¡Pobres gentes!

— ¿No habéis quedado contento?

— ¿En qué sentido me lo preguntáis?

— En todos, contestó su amiga la princesa W..., sin bajar la vista.

— Entonces debo deciros que el baño general lo encuentro sucio, y el baño especial, sin gabinete particular, feo.

— ¡Así como suena! ¿Será sin duda porque no os gusta el tipo húngaro?

— ¡Ah, Princesa! ¿Cómo podéis hacerme semejante pregunta?

— De sobra sabéis que...

— ¡Oh! He sabido. Los gustos cambian: hablemos únicamente de mis compatriotas; es decir, que las que habéis conocido...

— Las de Kaiserbad dejan mucho que desear, porque tienen más de Alemanas que de Húngaras. En cambio he visto en los paseos, en las calles y en las tiendas algunas caras muy hermosas, de grandes y rasgados ojos negros, y sobre todo, una boca de labios rojos, gruesos, pronunciados y algo remangados.

— Es decir, ¿qué os gustan esa clase de bocas?

— También me gustan de otra clase, Princesa.

— Pero éstas son las que preferis. Sois el segundo de mis amigos que me habla de esa manera. Uno de vuestros compatriotas pregona su admiración con vuestras mismas palabras.

— ¿Quién?

— El conde D...

— ¡De veras! ¿El conde D...?

— ¿Le conocéis?

— ¿Quién no conoce en París ese parisién de pura sangre, que asiste á todos los estrenos, alterna en todas las fiestas y es un gran vividor?

— ¿Sabéis dónde está ahora?

— Estamos á fin de Setiembre; en Biarritz ó de caza.

— No lo creo; debe vivir retirado en algún asilo misterioso.

— ¿Y para qué?

— Para saborear mejor sus amores.

— ¡D... enamorado! ¿qué me decís?

— Lo que él me ha dicho, ó más bien lo que me ha escrito. En estos últimos días he recibido la relación detallada de su última aventura, que es en verdad una pequeña novela bastante original.

— ¿Se ha dedicado ahora á la novela?

— Tan sólo por encargo, cuando le pide este favor alguna antigua amiga como yo. El no verle en ninguna parte, hacia ya bas-

tante tiempo me tenía inquieta; así es que le he escrito diciéndole :

« Si estáis todavía en este mundo, decidme lo que hacéis. » Y á vuelta de correo me ha contestado : « Ved lo que he hecho; ved lo que hago; adivinad lo que haré. » En esta lacónica carta venía adjunta la novela de que os hablaba.

— ¿Y de qué género es la novela?

— Género de estudio.

— ¿Estudio del corazón?

— No, de los sentidos.

— Es un poco arriesgado.

— Es audaz.

— Y vos, Princesa, ¿la habéis leído?

— Con verdadero recogimiento. Estaba escrita para satisfacer mi deseo por un amigo á quién veía retratado allí de piés á cabeza, con sus cualidades y sus vicios, y que además es uno de los amigos que me son más simpáticos.

— ¿Por sus vicios?

— Nó por la mezcla que hay en él. Y

me atrevo á añadir que su novela está escrita de una manera muy discreta, á pesar de ciertos pasajes escabrosos.

— ¿Y hay en ella muchos pasajes escabrosos?

— Nó, á D... no le gustan, y por el contrario, los mira con desdén. Es muy fácil decir al lector : « Me paro aquí. No sé cómo explicaros esto; tratad de comprenderlo, yo dejo un espacio en blanco que podéis llenar con vuestra imaginación. »

— Y á falta de puntos y de espacios en blanco, ¿él echa mano de frases de doble sentido y de indirectas?

— Algunas veces, cuando no tiene más remedio, sí. ¿Preferís acaso una palabra dura?

— Al parecer, se prefiere hoy día.

— ¡Error! no se prefiere eso; lo que se hace es soportarla á falta de otra cosa mejor. Creed que ciertas mujeres no podrán nunca acostumbrarse á expresiones de cierto género, ni á ciertas trivialidades de len-

guaje. Las mujeres cuando viven como yo vivo al aire libre, en plena independenciam y son un poco independientes en su manera de ser, cuando han visto mucho, han leído mucho, han oído mucho y *vivido* mucho, son curiosas de corazón, de espíritu y de temperamento, quizá soporten una conversación picante y una lectura algo acentuada; pero tened por cierto que siempre será con la precisa condición de que se las hable el lenguaje á que están acostumbradas. Admiten lo atrevido en la idea, pero á medida que ésta es más osada, son más exigentes con la forma.

— En una palabra, lo que vos queréis, princesa, es que la forma obligue á aceptar el fondo.

— Seguramente.

— Sin embargo, ciertos fondos exigen una forma algo ruda. No es posible mojar siempre la pluma en agua de rosas, ni vestir de frac y chaleco blanco al hacer hablar á los pilletes de los barrios ba-

jos, ó al describir un monton de basura.

— ¿Y qué necesidad hay de hablar de esos pilletes y de esas basuras? Todo ello me es indiferente. En estos últimos años se han ocupado mucho de esa clase de gentes y de esa clase de cosas desagradables.

— ¿Es acaso necesario concretarse únicamente á pintar la virtud?

— La virtud no implica nada en el asunto, y hay personas que la pintan tan brutalmente, que la hacen odiosa, mientras que, por el contrario, existen otras que poseen el arte de saber decirlo todo, hasta el punto de llegar á presentar el mismo vicio como decente.

Y cuando se os le presenta decentemente, ¿no os incomodáis por la presentación?

— Nó, pero á condición, sin embargo, de que sea un vicio *comme il faut*, un vicio lavado, peinado, cepillado y bastante cubierto para que cause ilusión. ¿No queda ya nada que aprender, nada que estudiar,